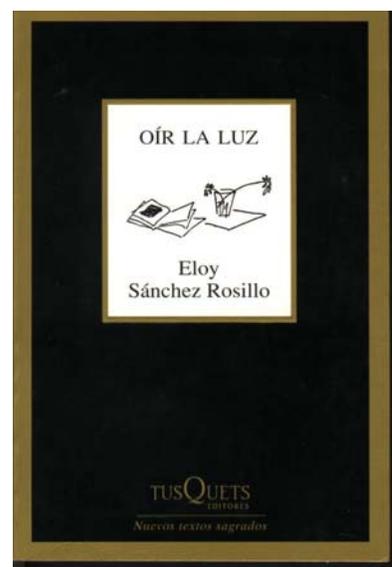


## **RESEÑA**

### **OÍR LA LUZ**

Eloy Sánchez Rosillo  
Barcelona: Tusquets, 2008.



De nuevo, esta vez con su obra *Oír la luz*<sup>1</sup>, Eloy retoma, aunque con una nueva proyección mucho más dinámica, la línea temática y creativa que ya había atisbado con su obra *La certeza*<sup>2</sup>, obra con la que acabó con los compases de espera que mantenían en vilo la melodía sentenciosa, melancólica y reflexiva que sus lectores tanto ansiaban y, de la misma manera, dio fin al silencio que media entre *La vida*<sup>3</sup> y los inéditos, incipientes y embrionarios poemas que incluyó en la recopilación de su obra completa, bajo el

título *Las cosas como fueron*<sup>4</sup>. El poeta ha oído, en su soledad, la luz que le permite a un mismo tiempo crear poemas llenos de vida y desterrar sepultándolas, aunque alguna que otra vez vuelvan a emerger, las sombras que lo tenían encadenado a una melancolía respirada de manera muy sosegada y reflejada textualmente, durante casi dos décadas, de una manera muy elegante.

Con *Oír la luz*, el poeta, ese médium entre lo humano y lo divino, ese ser condenado a asociar con nuevos bríos lo bebido en las fuentes y lo respirado en cada una de la vivencias de la cadena rotatoria que ha de llamarse vida, ha logrado aprender, siguiendo los pasos de Séneca y su estoicismo, que sí, que tal vez sea cierto que detrás del placer esté el principio del dolor, pero

---

<sup>1</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz*, editorial Tusquets, Barcelona, 2008.

<sup>2</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *La certeza*, editorial Tusquets, Barcelona, 2005.

<sup>3</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *La vida*, editorial Tusquets, Barcelona, 1996

---

<sup>4</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Las cosas como fueron*, editorial Tusquets, Barcelona, 2004

que, del mismo modo, ese dolor es una enseñanza necesaria para entender la existencia porque forma parte de la misma. No obstante, ésa es la paradoja de la vida, que enseña la lección una vez que ya no hay posibilidad de volver atrás, a pesar de que sí habrá situaciones con vínculos análogos donde tenga cabida la praxis magistral de lo aprendido. En el poema "La canción de la vida"<sup>5</sup>, el yo poético invita, a la vez que aconseja, al lector a que se ponga la coraza, porque sólo así podrá soportar la adversidad. El dolor, como cualquier depredador, sabe perfectamente qué presa ha de seleccionar, pues nunca osará enfrentarse con una rival que lo derroque, ya que, aunque suene a tópico, el dolor dejaría de llamarse y ser dolor. El poeta, aunque de manera explícita no lo parece, mediante la imagen que el yo poético va imprimiendo y destilando en cada uno de los versos, es un ser arrogante, valiente, osado..., porque tiene la capacidad, mientras arranca la cáscara de los días, de los objetos y de los sujetos, con el fin de estudiar el alma de las mismas, de leer entrelíneas y entender la vida como un texto, haciendo exégesis al extraer la esencia última de las cosas. En el poema "Una verdad"<sup>6</sup>, siguiendo el sentencioso planteamiento que F. W. Nietzsche profirió: "[...]lo que no nos mata nos hace más fuertes", queda bien reflejada esta enseñanza vital, pero con nuevos matices al entender que detrás del dolor, detrás de la superación del mismo, está la ausencia del dolor.

Si en el párrafo anterior hablaba del estoicismo, como uno de los motivos que hilvana muchos de los poemas que conforman el corpus de *Oír la luz*, en este apartado he de hacer obligada referencia a un punto compuesto en el convergen, por contenido y expresión, muchos poemas de los que configuran el texto en cuestión, a saber lo cíclico y lo dinámico.

La vida está sujeta a las leyes del dinamismo, porque el tiempo —ese concepto tan físico y psíquico, mensurable e inefable— se desarrolla mediante el movimiento, pero, en el poemario,

la concepción del tiempo, en comunicación con la cultura griega y la filosofía nietzscheana, es cíclico, aunque con desarrollo lineal debido a la herencia que nos han legado las filosofías que han habitado la cultura occidental. En el poema "Entonces"<sup>7</sup> se plantea la problemática del eterno retorno y, como consecuencia, la reencarnación de diversos puntos (la muerte, el amor...) como manifestación del mismo. Siempre se está arrancando de nuevo y nada termina, porque todo vuelve a empezar. El ser humano, por su condición, se dedica únicamente a eso, a acoplarse a una rutina, y la ruptura de la misma produce, según plasma Eloy, angustia, tal vez nihilismo si traemos a colación nuevamente la filosofía de Nietzsche, a la vez que la extrapolamos. El ser humano, y en este caso el poeta, que siempre vive más hondamente los fenómenos, es muy reticente a los cambios. De hecho, ya sea por factores exógenos o endógenos, en el peregrinar de la vida, es un exceso de rutina o un cambio de rutina el que hace las veces de interruptor para desencadenar los trastornos de tipo psíquico.

En la forma de onda periódica sinusoidal que traza, mientras triza el canon de la vida escrita, ese movimiento dinámico y cíclico, la metamorfosis juega un papel estelar y crucial, por ejemplo, en el texto poético "Fábula del tiempo"<sup>8</sup> y, no sólo en este, sino también en otros, la belleza, el amor, la adolescencia pasan de ser vivencias a recuerdos y, de este modo, previa transformación, por los motivos ya apuntados, a eterna materia literaria que ansía un lector que le dé una nueva vida mediante la interpretación. El destino del ser humano, mediante la metamorfosis, es más que explícito, por ejemplo en el poema "Mudanza" se entiende este fenómeno como necesaria fuente de vida, y, en palabras de Cano, queda bien cifrado: "Si la piedra da en el cristal/ el cristal se quiebra/ si el cristal da en la piedra/ el cristal se quiebra"<sup>9</sup>, pero siempre es necesario que eso suceda para pasar a ser otro. A pesar de

<sup>5</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 133

<sup>6</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 97

<sup>7</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 95

<sup>8</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 79

<sup>9</sup> Vid. José María Cano Andrés: "Da la piedra en el cristal (Fábula mineral)" en *JOSECANO*, editorial Muxxic Records, Madrid, pista nº3.

lo reseñado, son muchos los momentos en los que esa onda, como música que gravita en el aire, se detiene, aunque siga sonando. Son los periodos de inactividad, los momentos de quietud en los que el ser se asoma al alma, aunque funcionen de manera paralela e interdependiente al unísono. Esa inactividad, ese latido congelado y vibrante, es un punto determinado en lo indeterminado, un punto finito en el infinito, que posibilita el encuentro con la reflexión desde el presente, pudiéndose volcar la misma hacia el pasado, el futuro o un reencuentro en el presente mismo. La belleza es la verdad si se contempla desde un punto presente y equidistante, pero es todavía más bella si es contemplada desde la elegía y no se ha desvanecido, porque la distancia permite contemplar las cosas con más aplomo, sosiego y sensatez. Ver el movimiento que esa onda va trazando mientras en ella van quedando incrustadas las huellas y la pátina del tiempo es complejo, entretenido y ceremonioso, pero es mucho más difícil explicar por qué la onda ha parado su movimiento oscilatorio —y nunca a partes iguales— y el sonido todavía sigue palpitando e insuflando el aire. No creo que haya nada más cíclico que la rotación de las estaciones, y en el poema “Luz que declina”<sup>10</sup> podemos apreciar la metáfora de los días de otoño como los de la existencia, porque las hojas del calendario, en el otoño, caen de manera parsimoniosa, con esa mecánica tan regular y triste de tan sólo ligeras variaciones tildadas por la tristeza.

Siguiendo con el trasiego, en el que nos ha sumergido esta isotopía de lo dinámico y lo cíclico, cuando nos acercamos a poemas como “Balada”<sup>11</sup>, con su pertinente reminiscencia, anamnesis e intertextualidad con Jorge Manrique, asistimos nuevamente al espectáculo —siempre sentencioso por llano y profundo desde los ojos del poeta— del dinamismo quebrado del fluir del río Tajo por Lisboa en su desembocadura, y, en este momento, ve que el amor también se convertirá en un recuerdo, porque todo es rotativo, porque ahora el poeta, en ese momento, se

autorrefleja o retrata dialogando con su menesterosa y majestuosa soledad, pero el amor también será soledad porque todo se marcha, porque la vida es como el río, es decir, aunque parezca que se acaba, no ha hecho más que empezar una nueva vida. Le ve fin al río, pero ahí, por lo cíclico, por el eterno retorno, empieza su vida en el nuevo infinito, en el mar. En el poema “Los recuerdos”<sup>12</sup>, en un periodo de inactividad, donde comienza la reflexión y el germen de la creación, el yo poético vuelve a realizar una ruptura de lo cíclico al efectuar la maniobra de retrosección vital, puesto que, desde el presente en movimiento, los recuerdos construyen ese presente en tránsito con la alegría de lo que se vivió, o con el dolor que causaron en aquel entonces, o tal vez con más intensidad si cabe, porque han brotado con fuerza. Como vemos, la línea del presente inactiva trae dinamismo por el flujo de vivencias, a un tiempo u otro, hasta que la muerte acaba con el viaje, pero permite que otros seres ejecuten esta actividad. También existe la contemplación del tiempo al estilo de Machado, esto es, convertir el tiempo en arte al doblegarlo a la reflexión y viceversa. Además es posible dar fe de la cara bruñida y eburnea **del flujo temporal** al contemplar las cosas bajo su prisma: **el tiempo** como una máquina —también en el sentido de Lope de Vega— de corrosión, ya que, aunque de una manera u otra todo sobrevive, nada se perpetúa como el todo que fue antes. Sin ir más lejos en “Irreparablemente”<sup>13</sup>, asistimos a las excusas de la vida, a los compases de espera taciturnos, a los quehaceres no tan importantes que sí que impidieron que pasase más **tiempo** con un presente ausente vital, con su madre. No obstante, eso, visto ahora ya no tiene solución. Nuevamente el **tiempo** impartió cátedra para que no se pudiese hacer praxis en ese aspecto, aunque sí en otros de naturaleza análoga.

Eloy, en *Oír la luz*, sin quererlo, debido a su preocupación por saber del lector que construirá su obra, gesta y forja una nueva isotopía — punto convergente para varios versos y ciertos

<sup>10</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 37

<sup>11</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 143

<sup>12</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 141

<sup>13</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 135

poemas—, y se trata de todo lo relacionado con la estética de la recepción. El hacedor, según plasma en poemas como “Límites”<sup>14</sup>, mediante la inefabilidad poética, se centra en el doble proceso subjetivo que él ha de realizar para convertir el mundo extratextual en poema, a saber: en primer lugar, el poeta de acuerdo a sus vivencias, y el tamiz por el que su sensibilidad las cierne, percibe un hecho del mundo exterior y lo interioriza, haciéndolo ahora ya matizado parte de su alma de una manera muy peculiar; en segundo lugar, una vez sedimentado, mediante un sistema abstracto y físico —con las limitaciones que esto impone— lo materializa en palabras para que, posteriormente, llegue el lector y de acuerdo, nuevamente, al orbe de su sensibilidad y vivencias, en el entramado lógico de una cultura determinada, le dé una vida plena, única y siempre diferente. De ahí las siguientes preguntas: ¿Cómo será esa realidad indescriptible que canta el poeta? ¿Cómo será el día en que lo lea el receptor?

Aparte de los momentos pávidos y de apatía en los que poeta anda sumido, cuando llega esa mujer —otorgando al poema ciertos matices de ironía— y lo saca de esos pensamientos, hay otros instantes, fragmentos de la eternidad, en los que el poeta sale de la melancolía porque ha visto la luz, así lo podemos percibir en el poema “La mañana”<sup>15</sup>, cuando la luz entra en el cuarto para alumbrar y apagar las sombras que tanto daño le causaban. La superación de la melancolía llega gracias a esa necesidad cautelosa de vivir cada uno de los instantes, porque, aunque cíclico, es un fragmento de la ya mencionada eternidad. En el poemario hay un peso y sombra de la filosofía de Nietzsche ya que el hacedor se ha metamorfoseado en un vitalista que ama al ser humano y, por ello, mientras describe con sus nostalgias el burdo y grandioso presente, invita a vivir con intensidad el mosaico de instantes triviales y desterrar de esta forma el capítulo de preocupaciones. Sin abandonar este punto, debemos hacer una justa mención al poema “Un

canto”<sup>16</sup> en el que Sánchez Rosillo, mediante la sutileza del yo poético, insiste, a la vez que aconseja, a que la luz te inunde para que vivas plena e intensamente.

Encontramos, en este poemario ya de por sí excelso, otra serie de poemas que mantienen un claro vínculo temático con su obra precedente. Se trata de todos aquellos poemas que, vehiculados mediante la isotopía del recuerdo o reminiscencia, nos arrojan a la niñez contemplada desde el punto de vista presente del adulto que la revisita. El poeta lucha contra el olvido mediante el recuerdo, porque el olvido relega las cosas a ninguna parte, pero ahí está el poeta para dotar de corporeidad el recuerdo y hacerlo presente, y vivo de nuevo con una luz única. Rescatar y recuperar los recuerdos es un motivo de felicidad, y a un mismo tiempo, como un acorde por suceder y acaecer a un tiempo, de tristeza, porque eres plenamente consciente de que ese momento nunca se volverá a repetir. Así se puede ver en el poema “Agua fresca”<sup>17</sup>, donde desde el eje presente, evocando los veranos de la niñez en el páramo manchego de Lezuza, recuerda la luz de aquellos campos y el agua del pozo, y sabe que nunca volverá a beber otra igual. Del mismo modo, en “Allá lejos y hace tiempo”<sup>18</sup>, al contemplar la ingrátida época de la adolescencia desde el ahora, Rosillo la entiende como un periodo de choque —con lo que esto supone para el alma— entre el ser que no se entendía el idioma de las cosas y la realidad misma. Pero no sólo se queda aquí, sino que, además hay otra manera de hacer los recuerdos presentes, y ya no sólo los de la niñez, me refiero al poema que materializa al escuchar una canción, al hacer convergente lo simultáneo y lo pretérito en un mismo eje presente, la vida misma y el recuerdo de esa misma vida en otros adverbios, por ejemplo: “Como si nada”<sup>19</sup>, donde el poder cifrado de la melodía de esa canción posibilita el arranque de ese circuito sujeto a la leyes de la repetición por cíclico a través de la variación o

<sup>14</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 47

<sup>15</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 45

<sup>16</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 151

<sup>17</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 147

<sup>18</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 109

<sup>19</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 117

de los ejes convergentes de la simetría y de la asimetría. No obstante, hay que tener presente el poema que da título al habeas que conforma y engarza el poemario, "Oír la luz"<sup>20</sup>, donde el adulto revisita al niño y descifra la naturaleza para cifrarla nuevamente en palabras.

Si tuviese que destacar sobre todos los motivos uno, me quedaría con la reflexión que el poeta despliega mediante la descripción. El yo poético —previas vivencias soportadas en cuerpo y alma por el poeta— se enfrenta a la adversidad con su peculiar personalidad y, precisamente ahí, descubre, al describir los instantes de la fugacidad que construyen el texto que se ha de llamar vida, que ha de vivir con intensidad irrefrenable todos y cada uno de los momentos siempre diferentes que le han de ser donados, pero eso lo ha visto ahora a la edad de 59 años, cuando la vida es contemplada como una elegía desde el punto presente. Es como si, desde un retrovisor, contemplásemos la vida como un camino trizado por nuestros pasos que lo han reconstruido, y que se pierde en un punto definido en lo indefinido, por ejemplo, en el poema "El vértigo"<sup>21</sup>, vemos ese acercamiento a las reflexiones en presente. No obstante, la reflexiones, desde el ahora en el que gravita necesariamente la fuerza de un destino en pretérito imperfecto y del pasado mismo, generan poemas como "Me pregunto"<sup>22</sup>, donde el poeta se autointerroga sobre su personalidad: si lo he tenido todo, ¿por qué ser melancólico? ¿Por qué el Desasosiego? El hacedor poeta es plenamente consciente de que él está destinado a ser otro porque está condenado a ello, porque su personalidad melancólica en esencia —jovial y dicharachera en superficie—, en conjunción con una sensibilidad afilada y perfilada, junto con un rico caudal de vivencias, son los elementos de un fórmula que irremediabilmente lo ha de arrojar a la reflexión como duelo contra la vida, por ejemplo, en "Conmigo"<sup>23</sup>, lugar en el que la soledad es contemplada y entendida como un medio y un campo de re-

flexión. Eloy, ahí, comprende en toda su hondura que, cuanto más solo está, más conoce de los demás, porque precisamente se conoce más a sí mismo.

En la filosofía que Eloy ha dejado incrustada y destilada en sus versos, la soledad es algo mágico y doloroso —a un tiempo y a partes nunca iguales—, puesto que permite escuchar el latir de la vida en toda su magnitud eximia. Si no se diese tal fenómeno, nunca existiría la creación del poema. En "Una palabra y otra"<sup>24</sup> encontramos el producto textual y poético en construcción —con reminiscencias en Lope de Vega por el poema de análoga temática<sup>25</sup>—. Ahí, en esa soledad sobre la descripción del proceso de creación, permite y lega una reflexión a la nueva soledad del lector. Asimismo el creador entiende que la felicidad y la desdicha están íntimamente unidas a la correspondencia que nosotros hemos ido ejerciendo sobre la vida.

Creo que "Porque nada termina (Ramón Gaya)"<sup>26</sup> es uno de los más bello y auténticos poemas que configuran esta obra. Eloy entiende que ha sido y es un privilegiado, a la vez que realiza y presenta un ejercicio de humildad al reconocer la deuda y admiración que debe a sus maestros, porque pudo ser testigo activo de la vida del "maestro" Ramón Gaya. Dice Eloy, de manera sentenciosa y solemne, que la tragedia y la desdicha iban al encuentro de aquel hombre, pero siempre supo soportar la adversidad, como si hubiese leído *De tranquillitate animi*<sup>27</sup> de Séneca. Además de lo expuesto, asistimos de nuevo a uno de los puntos que conforman y rigen, como ya se señaló anteriormente, la articulación de este poemario, a saber, el eterno retorno, ya que como elegantemente afirma Rosillo en los versos del mismo: "porque siempre está comenzando."/"Porque nada termina"<sup>28</sup>. Mediante la descripción, esa pintura hecha con palabra, asistimos al vivo recuerdo ahora, a la vida otra vez de Ramón

<sup>20</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 87

<sup>21</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 23

<sup>22</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 27

<sup>23</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 31

<sup>24</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 111

<sup>25</sup> Me refiero al Soneto de repente.

<sup>26</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 57

<sup>27</sup> Tratado de Lucius Anneus Seneca sobre el tema de la ataraxia.

<sup>28</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 61

Gaya. La maestría de este poema es innegable puesto que, ya sea por el aparato descriptivo acompañado de ciertos tintes narrativos, asistimos al espectáculo que nos brinda la vida de dos creadores, entonces maestro y discípulo; ahora, si tenemos en cuenta la figura del lector respecto a la obra, nuevamente “maestro” y discípulo. No son muchos los poemas extensos, pero generalmente los poemas en los que habla de los seres a los que admira, a la vez que con sus versos paga la justa deuda que esas criaturas diferentes por naturaleza le otorgaron con los suyos, les dedica un espacio más amplio, porque es el mismo que acaparan en su alma, por ejemplo: “En la casa de Keats”<sup>29</sup>, lugar y momento en el que la descripción topológica es el motor de despegue para una potente reflexión, a la vez que hilvana el recuerdo del poema del ruiseñor subordinado a una serie de disquisiciones sobre el tiempo, para hablar sobre la inspiración de la poesía. La admiración y el recuerdo por los maestros no sólo queda aquí (Keats, Dickinson...), sino que, por otro lado, encontramos poemas, como “El mirlo”<sup>30</sup> en el que la temática y la forma también recuerdan a las grandes figuras que construyeron la historia de su poesía. Concretamente, en el último poema citado, mientras que el poeta contempla la excelsa belleza con la que está revestida el plumaje y el animal en su globalidad, a la vez que describe lo que supuestamente el pájaro está pensando, se sirve del animal para hacerse un autorretrato.

Siguiendo con este capítulo de reflexiones, no podemos dejar en el tintero el certero análisis al que Eloy somete las declaraciones amorosas. ¿En qué quedan? Parece que de ese momento grandilocuente sólo sobreviven albergadas, debido al proceso de depauperización al que el devenir temporal las incardina, como un residuo, que indica que una vez hubo vida, del fuego ahora ya sólo encontramos las ascuas, y de los labios las palabras para que el tiempo las aniquile, o, si se da el caso que se materializan en poema, para que queden en el por para siempre inmortales.

Con *Oír la luz*, Sánchez Rosillo, ya calmo, insta a respirar la vida una vez superada la elegía y transmite al unísono una tranquilidad, una paz, ya que la posición grandilocuente de la madurez ha abatido el ansia irrefrenable, en conjunción con el desasosiego, por vivir. Eloy, simplemente, desde el eterno manantial de los sueños —ahora ya torrente— somete al juicio de la reflexión el devenir de los días y, paralelamente a esta labor, como complemento de la misma, surge y nace el legado de unas palabras para compartir e incardinar con el mismo espíritu al lector a su reflexión sobre la rotación temporal y vital —en todo lo extenso de su paradigma— a la que el vertiginoso suceder de los días nos arroja.

Finalmente, como parte perorativa para esta breve reseña, sólo me queda decir que para Eloy, el sueño es un camino solitario y una fuente inextinta que conduce a la inventio del poema, pero ese tránsito, ahora ya cuando la tarde declina, como en Machado, no es solitario, ya que irremediablemente conduce, como se apuntó anteriormente, al reencuentro con el lector y su mundo, aunque ahí queda el poema “Trenes”<sup>31</sup> con el sueño como metáfora de la vida y los seres que se marchan. ¿Dónde están?, ¿en nuestra memoria? ¿Quién albergará y dónde quedará la memoria de nuestra memoria?

**MIGUEL ÁNGEL RUBIO SÁNCHEZ**

<sup>29</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 89

<sup>30</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 123

<sup>31</sup> Eloy Sánchez Rosillo: *Oír la luz...*, pág. 127